

1. Daniel y sus compañeros probados

Aunque Daniel vivió hace veinticinco siglos, es un profeta para los últimos días. Su carácter debe ser estudiado, pues su desarrollo revela el secreto de la preparación de Dios para aquellos que recibirán a Cristo en su venida. Sus profecías deben ser entendidas, pues en ellas está la clave que desvela la historia hasta el fin de los tiempos. El Salvador mismo dio testimonio de esto. Cuando los discípulos preguntaron: «¿Cuál será la señal de tu venida, y del fin del mundo?», Él dijo: «Cuando, pues, veáis la abominación desoladora de que habló el profeta Daniel... el que lee, entienda». En esto tenemos el permiso divino para leer y entender las profecías de Daniel. Estas profecías tienen, por tanto, la intención de advertir a un pueblo de la venida de Cristo.

Cierto, una vez fue un libro sellado, pues al profeta se le dijo que guardara las palabras y sellara el libro «hasta el tiempo del fin», «porque al tiempo del fin será la visión». Y de nuevo: «Las palabras están cerradas y selladas hasta el tiempo del fin». Pero el tiempo del fin ha llegado. Comenzó en 1798, y aunque «ninguno de los impíos entenderá», sin embargo, «los sabios entenderán». Con el libro de Daniel en la mano y un corazón abierto para oír la voz de Dios, el hombre puede entrar en contacto con el Padre de las luces. «El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice».

Daniel comienza el libro con la sencilla declaración de que, en el tercer año del reinado de Joacim, rey de Judá, en el 607 a.C., Nabucodonosor, rey de Babilonia, vino a Jerusalén y la sitió; que en el asedio, Joacim fue entregado por el Señor en manos de Nabucodonosor, pero se le permitió permanecer en el trono de Jerusalén, aunque Nabucodonosor llevó consigo a Babilonia, como tributo, una parte de los vasos de la casa de Dios, y, como rehenes, a algunos miembros de la casa real.

Este acto, junto con otros similares que le siguieron en rápida sucesión, fue la culminación de eventos que comenzaron años antes. Para apreciar este clímax, es esencial que estudiemos las causas que lo llevaron. Puesto que el cautiverio de

Judá es una lección objetiva para las personas de la última generación, es doblemente necesario que sigamos la relación entre ciertas causas y resultados.

Dios tenía un propósito al llamar a la nación judía a separarse de las otras naciones del mundo. Era para que su pueblo pudiera presentarse ante el mundo como portadores de luz, como un faro puesto en una colina; Israel debía enviar haces de luz al mundo. El plan de educación dado a conocer a Israel a través de sus profetas fue el medio para mantener esa luz encendida. Cuando este plan dado por Dios fue descuidado, la luz, como una vela privada del oxígeno que da vida, se atenuó. Entonces fue que la nación se vio presionada por todos lados por el enemigo. Hay una máxima hebrea que dice que «Jerusalén fue destruida porque se descuidó la educación de sus hijos». Las profecías de Daniel y la historia relacionada prueban la verdad de esta máxima. Puede añadirse que los judíos fueron restaurados a Jerusalén como resultado de la educación adecuada de unos pocos jóvenes hebreos.

Apenas cien años antes de los días de Daniel, Ezequías era rey de Judá. Después de un reinado de trece años, estaba en su lecho de muerte, pero suplicó a Dios que prolongara su vida. Así se hizo, y se le añadieron quince años. Tras la recuperación del rey, fue visitado por embajadores de Babilonia, a quienes mostró todos sus tesoros. Vinieron a oír del Dios poderoso que podía curar a los enfermos; pero él les mostró solo tesoros terrenales. Perdió la oportunidad de darles del tesoro del cielo. Entonces llegó un mensaje de Dios por mano del profeta Isaías, diciendo: «He aquí que vienen días en que todo lo que hay en tu casa... será llevado a Babilonia; no quedará nada». También se le dijo al mismo tiempo que sus descendientes serían eunucos en el palacio del rey de Babilonia.

Aquí se retrataba el futuro cautiverio de la raza hebrea. La profecía quedó registrada y fue repetida una y otra vez por las madres judías mientras enseñaban a sus hijos. «¿Debe mi hijo ser cautivo en la corte de un rey pagano? Entonces permítanme entrenarlo para que sea fiel al Dios de sus padres». Hubo otras madres que dejaron pasar el pensamiento a la ligera, y la historia de la vida de sus hijos está registrada para nuestra instrucción.

Tres años después de que se le salvara la vida, nació un hijo a Ezequías. A pesar de la reciente profecía, Ezequías y su esposa, Hefziba, no lograron enseñar al joven Manasés el camino de la verdad. Tenía solo doce años cuando llegó al trono, pero si hubiera sido entrenado en el temor de Dios, no habría elegido la adoración pagana.

El joven Cristo, a la misma edad, no solo selló su propio destino, sino el destino del universo. A los doce años, de pie junto al templo en Jerusalén, su obra futura se abrió ante Él, y aceptó su misión designada. ¿Por qué? Porque María, su madre, le había enseñado que el servicio de corazón a Dios era su mayor placer. Manasés decidió a favor de las deidades paganas; hizo el mal a la vista de Dios; y «por los pecados de Manasés» vino el cautiverio de Judá.

A la edad de doce años, Cristo tomó una decisión que salvó al mundo; a la misma edad, Manasés eligió un camino que llevó a la ruina a la nación. En la crianza de tu hijo, ¿eres Hefziba o María?

El largo reinado de Manasés pasó, y la profecía enviada a Ezequías aún no se había cumplido. Los hombres comenzaron a preguntarse si alguna vez se haría realidad. «Desde que los padres durmieron —dijeron—, todas las cosas permanecen como estaban».

Fue en los días de Josías, el nieto de Manasés, que Jeremías profetizó. A través de este profeta, Dios suplicó a Jerusalén que volviera a Él. «He aquí, yo traigo sobre vosotros nación de lejos, oh casa de Israel, dice Jehová: nación robusta, nación antigua, nación cuya lengua no sabes». Así se describió a Babilonia, y se retrató la inminente perdición de Jerusalén.

Josías se libró de ver la completa destrucción de Jerusalén debido a las reformas que intentó. En sus días, Judá, y también Israel, celebraron la Pascua más grande de la historia de la nación. «Por cuanto tu corazón se enterneció, y te humillaste delante de Jehová... he aquí yo te recogeré con tus padres... y tus ojos no verán todo el mal que yo traigo sobre este lugar». De una manera peculiar, Dios le dio a Josías la oportunidad de evitar la calamidad inminente. Aún no era

demasiado tarde para cambiar el curso de los acontecimientos. Esta oportunidad fue a través de los dones de sus hijos. Josías tuvo tres hijos y un nieto, quienes a su vez se sentaron en el trono de Jerusalén. Cada uno, debido a una formación incorrecta en la juventud, se negó a tomar a Dios en su palabra, y al fallar, aceleró el derrocamiento final.

Los tres hijos fueron Joacaz, Joacim y Sedequías. El nieto fue Joaquín, quien precedió a su tío, Sedequías. El destino de cada uno es una solemne advertencia para las personas que viven al fin del tiempo. Aquel que pudo haber sido la luz de las naciones paganas fue engullido por las tinieblas egipcias. Joacim, el segundo, quien, bien entrenado, habría estado tan cargado con el poder de Dios que el rey pagano habría unido sus fuerzas con el rey de Judá, o, si se oponía, habría sido golpeado como por un rayo, al fallar, pagó tributo a Babilonia. Su capital fue invadida. Tesoros de la casa de Dios fueron arrancados sin piedad de su lugar y dedicados a la adoración pagana. Jóvenes —jóvenes brillantes y prometedores— fueron tomados de la familia real para servir al rey de Babilonia. Joacim contempló esto, pero no pudo interferir. Su vida se había ido; no estaba conectado con el trono de Dios. Su madre y su padre cometieron un error fatal, pues no le dieron el entrenamiento que Dios les había mandado dar. Él tampoco se benefició de estos errores, sino que educó a su hijo en modales cortesanos y en la filosofía del mundo; y como resultado, su hijo Joaquín languideció casi treinta y siete años en una prisión en Babilonia. Esta fue otra lámpara sin aceite; otra alma sin el alimento celestial; otro hijo mal entrenado para añadir a la desgracia de Judá. «Jerusalén fue destruida porque se descuidó la educación de sus hijos».

Sedequías, el tercer hijo de Josías, aún tuvo una oportunidad de salvar Jerusalén. Parte de los tesoros de esta ciudad ya estaban en Babilonia. Daniel y sus compañeros llevaban diecisiete o dieciocho años en la corte cuando Jeremías se acercó a Sedequías con las palabras: «Si en verdad te entregas a los príncipes del rey de Babilonia, entonces tu alma vivirá, y esta ciudad no será quemada a fuego... Obedece, te ruego: así te irá bien, y tu alma vivirá». En este tiempo de peligro, ¿cómo actuó Sedequías? ¿Se entregó a los babilonios? Dios lo había

mandado; la ciudad se habría salvado con ello; su propia alma se habría salvado. Sedequías alegó una excusa muy humana, diciendo: «Tengo miedo».

En estos tres hijos se revela la debilidad, la cobardía, la maldad y la ruina final de aquellos entrenados para el servicio del mundo y no para el servicio de Dios.

Viviendo al mismo tiempo y en la misma ciudad que los príncipes ya nombrados, había otros que la Escritura menciona por nombre. Estos eran Daniel, Ananías, Misael y Azarías, hijos de Judá de la familia real – parientes de Joacaz, Joacim y Sedequías.

En el primer asedio de Jerusalén, en el 607 a.C., Daniel no tenía más de dieciocho años; aproximadamente la edad del príncipe Sedequías, quien después gobernó en Jerusalén. Daniel tenía una madre piadosa que conocía la profecía concerning la destrucción de su ciudad. Ella le repetía a su hijo las palabras de Dios, que algún día los niños hebreos tendrían que estar en la corte pagana de Babilonia. Con cuidado, esta madre enseñó a su hijo a leer los rollos de pergamino de los profetas. Se estudió la historia de Israel; la historia de Nadab y Abiú fue contada y recontada. El efecto de las bebidas fuertes fue impreso en su mente. Se estudiaron las leyes de su propio ser. Sabía que el exceso en comer y beber embotaría tanto la mente que la voz de Dios no podría ser oída.

Los cánticos que cantaban estos niños hebreos contaban la historia de los tratos de Dios con su pueblo. Fue de esta manera que la imagen de Dios quedó grabada en sus corazones. Esta educación no se obtuvo en las escuelas de la época, pues se habían apartado del plan de Dios; pero madres santas, viviendo cerca del Padre eterno, guiaron a sus hijos con precepto y ejemplo, con palabra y canto, a formar caracteres que resistirían la prueba. «El temor de Jehová es el principio de la sabiduría».

Era la época en que la mayoría de los jóvenes en la capital de Judá eran salvajes e imprudentes. Se excusaban por su juventud. Pero Dios escogió de entre ellos a algunos en quienes podía confiar en una tierra extranjera. Daniel y sus tres

compañeros fueron arrebatados del refugio del hogar, y con otros fueron puestos a cargo de Aspenaz, jefe de los eunucos en Babilonia.

Ahora pueden verse los resultados de la educación en el hogar. Alimentos puros, pensamientos limpios y ejercicio físico los colocaron en la lista de «jóvenes en quienes no había tacha alguna, sino de buen parecer». Pero ¿qué de su capacidad intelectual? No habían sido educados en las escuelas de Jerusalén, mucho menos en las de Babilonia. ¿No había un gran peligro de que carecieran de conocimientos en las ciencias o en las ramas esenciales? En el examen, estos cuatro resultaron ser «sabios en toda sabiduría, y dotados de ciencia, y de entendimiento en ciencia», y capaces de aprender una difícil lengua extranjera. Dios había cumplido su promesa en estos hijos de la escuela del hogar.

Pero Daniel propuso en su corazón no contaminarse con la porción de la comida del rey, ni con el vino que él bebía. (Daniel 1:8)

El momento crucial llegó cuando «el rey les señaló ración para cada día de la comida del rey, y del vino que él bebía». Daniel tenía una confianza ilimitada en los principios de la temperancia, no solo porque sabía que eran científicamente verdaderos, sino porque eran dados por Dios y, en su caso, se habían puesto en práctica. Su educación tenía una base bíblica, y sabía que estaba en armonía con la verdadera ciencia. Era una cuestión de vida o muerte; pero los principios eran divinos, y él obedecería, andaría por fe, y dejaría los resultados con su Hacedor. «Daniel propuso en su corazón no contaminarse con la porción de la comida del rey, ni con el vino que él bebía». El lenguaje del príncipe de los eunucos muestra que había otros jóvenes hebreos que fueron seleccionados, quienes no hicieron esta petición: «pues —dijo el príncipe de los eunucos—, ¿por qué ha de ver el rey vuestros rostros más pálidos que los de los muchachos que son de vuestra edad?».

Daniel y sus compañeros, después de considerar su peligrosa y difícil posición, llevaron este asunto al Señor en oración, y decidieron ser fieles al principio. Mucho estaba implicado en esta decisión. Si se sentaban a la mesa del rey,

participarían de alimentos que habían sido consagrados a ídolos; y los jóvenes hebreos deshonrarían así a Dios, y arruinarían sus propios caracteres al remover la salvaguarda de la temperancia, y al permitirse ser influenciados por asociaciones corruptas. Incluso a costa de parecer singulares, decidieron no sentarse a la mesa del rey. Podrían haber razonado que, por orden del rey, estaban obligados a participar de la comida en la mesa real que había sido dedicada a un ídolo. Pero decidieron no implicarse con el paganismo y no deshonrar los principios de su religión nacional y de su Dios. Rodeados de peligros, después de haber hecho un esfuerzo muy determinado para resistir la tentación, debían confiar los resultados a Dios.

Con verdadero coraje y cortesía cristiana, Daniel dijo a los oficiales que estaban a cargo de ellos: «Prueba, te ruego, a tus siervos por diez días, y danos a comer legumbres, y a beber agua. Después mira nuestros rostros, y los rostros de los jóvenes que comen de la ración de la comida del rey; y según veas, haz con tus siervos». No era un experimento para ellos; pues preveían el resultado.

El oficial vaciló. Temía que la rígida abstinencia que proponían tuviera un efecto desfavorable en su aspecto personal, y que, en consecuencia, perderían el favor del rey. Los jóvenes hebreos explicaron al oficial el efecto de la comida en el cuerpo; que el comer en exceso y el uso de alimentos ricos entorpece las sensibilidades, incapacitando la mente y el cuerpo para el trabajo duro y severo. Instaron con gran seriedad a que se les permitiera la dieta sencilla, y rogaron que se les diera una prueba de diez días, para que pudieran demostrar con su propia apariencia física al final de ese tiempo las ventajas de una comida simple y nutritiva. La petición fue concedida: pues habían obtenido favor con Dios y con los hombres. Fue un acto de fe; no había sentimiento de envidia hacia quienes comían de la comida del rey. Las mentes de los cuatro se llenaron de pensamientos de amor y paz, y de hecho crecieron durante esos diez días.

Dios aprobó su conducta; pues, «al cabo de los diez días parecieron los rostros de ellos mejores y más gruesos de carne que los de todos los jóvenes que comían de la ración de la comida del rey». El brillo claro de los ojos, el resplandor rojizo y

saludable del semblante, indicaban solidez física y pureza moral. A los cautivos hebreos se les permitió después tener su comida elegida.

Las legumbres y el agua que entonces desearon no fueron siempre la dieta exclusiva de Daniel, pues en otra ocasión, en su vida posterior, dijo: «No comí pan delicado, ni carne ni vino entraron en mi boca». Pero al iniciar los estudios del rey y al conectarse con la corte real, él y sus hermanos eligieron voluntariamente esta comida sencilla y nutritiva. Del mismo modo, cuando se enfrentaba a algún problema difícil, o cuando deseaba especialmente conocer la mente de Dios, el registro habla de la abstinencia de Daniel de la carne, el vino y los alimentos que tientan el apetito.

El carácter de Daniel es referido por Ezequiel, quien fue un profeta contemporáneo, como representante de aquellos que vivirán justo antes de la segunda venida de Cristo. Las personas serán llamadas a pasar por experiencias que requieren la visión espiritual más aguda; por lo tanto, Dios les pide que renuncien a todas las cosas que de alguna manera frenarán el flujo del Espíritu Santo a través de la mente. Aquí radica la razón de la estricta adherencia a los principios de la reforma pro salud. Daniel y sus compañeros obtuvieron la victoria en el punto del apetito. Esta fue la vía, y la única, a través de la cual se le permitió a Satanás tentar a Adán; y, si Adán hubiera permanecido fiel en el huerto del Edén y no hubiera comido del fruto prohibido, el pecado y el sufrimiento nunca habrían sido conocidos. El apetito fue la puerta abierta por la que entraron todos los resultados del pecado, que, durante seis mil años, han sido tan manifiestos en la familia humana.

Cuando Cristo emprendió la obra de su ministerio, comenzó donde Adán cayó. La primera tentación en el desierto fue en el punto del apetito. Aquí el Salvador tendió un puente sobre el abismo que el pecado había creado. Redimió a toda la familia de Adán y obró una victoria en beneficio de todos los que son así tentados. En los últimos días, Dios probará a su pueblo como probó a Daniel. Un autocontrol voluntario del apetito es la base de toda reforma.

Significa mucho ser fiel a Dios. Abarca la reforma pro salud. Significa que la dieta debe ser sencilla; exige el ejercicio de la temperancia en todas las cosas. Una variedad demasiado grande de alimentos tomados en la misma comida es altamente perjudicial; y sin embargo, cuán a menudo se olvida esto. La mente y el cuerpo deben conservarse en las mejores condiciones de salud. Solo aquellos que han sido entrenados en el temor y el conocimiento de Dios, y que son fieles al principio, están capacitados para asumir responsabilidades en la obra final del evangelio.

«Todo aquel que lucha por alcanzar el dominio propio es temperante en todas las cosas» (1 Corintios 9:25).

Daniel y sus compañeros pasaron por una escuela extraña en la que se capacitaron para vidas de sobriedad, diligencia y fidelidad. Rodeados de grandeza cortesana, hipocresía y paganismo, ejercieron la abnegación y procuraron comportarse tan dignamente para que los israelitas, su pueblo oprimido, pudieran ser honrados, y el nombre de Dios fuera glorificado.

Estos jóvenes tuvieron al Señor como su educador. Estaban conectados con la Fuente de la sabiduría, por el canal dorado, el Espíritu Santo. Se mantuvieron continuamente en una conexión viva con Dios, andando con Él como lo hizo Enoc. Estaban decididos a obtener una verdadera educación; y, como consecuencia de su coparticipación con la naturaleza divina, se convirtieron en todo sentido en hombres completos en Cristo Jesús. Mientras se aplicaban diligentemente para obtener conocimiento de las lenguas y las ciencias, también recibieron luz directamente del trono del Cielo, y leyeron los misterios de Dios para las edades futuras.

Cuando, al final de tres años, el rey Nabucodonosor probó la habilidad y los conocimientos de los príncipes reales a quienes había estado educando de otras naciones, ninguno fue hallado igual a los jóvenes hebreos, Daniel, Ananías, Misael y Azarías. Superaron a sus asociados diez veces en su aguda aprehensión, su lenguaje selecto y correcto, y su amplio y variado conocimiento. El vigor y la

fuerza de sus poderes mentales estaban intactos. Por lo tanto, se presentaron ante el rey. «Y en todo asunto de sabiduría e inteligencia que el rey les consultó, los halló diez veces mejores que todos los magos y astrólogos que había en todo su reino».

Estos jóvenes respetaron su propia hombría, y sus talentos confiados no habían sido debilitados o pervertidos por la complacencia del apetito. El bien que deseaban lograr estaba siempre en mente. Fueron fieles en las cosas pequeñas. Dios los honró; porque ellos lo honraron a Él. Dios siempre honra la adhesión a los principios. Entre todos los jóvenes más prometedores reunidos de las tierras sometidas por Nabucodonosor, los cautivos hebreos se mantuvieron inigualables. Su respeto por las leyes de la naturaleza y el Dios de la naturaleza se reveló en la forma erguida, el paso elástico, el semblante hermoso, el aliento sin mácula, los sentidos sin atenuar. No fue por casualidad que alcanzaron su maravillosa sabiduría. «El temor de Jehová es el principio de la sabiduría». La base de la más alta educación es el principio religioso. La fe se había desarrollado en la infancia; y cuando estos jóvenes tuvieron que actuar por sí mismos, dependieron de Dios para la fuerza y la eficiencia en sus labores, y fueron ricamente recompensados.

¿Dónde están los padres que hoy enseñan a sus hijos a controlar el apetito, y a mirar a Dios como la Fuente de toda sabiduría? Nuestros jóvenes se enfrentan diariamente a las tentaciones de gratificar el apetito. Toda forma de indulgencia se hace fácil y atractiva, especialmente en nuestras grandes ciudades. Aquellos que se nieguen firmemente a contaminarse serán recompensados como lo fue Daniel. La juventud de hoy puede dar un testimonio importante a favor de la verdadera temperancia.

Estos principios, valorados, capacitarían a jóvenes arraigados y cimentados en las Escrituras para entrar en universidades seculares, y mientras cursaran estudios, diseminar las verdades del evangelio, y al final de su curso, salir inmaculados. Hubo jóvenes consagrados entre los valdenses que entraron en universidades seculares y, mientras obtenían su educación, esparcieron las semillas de la Reforma. Las autoridades papales no pudieron, ni con las

indagaciones más cuidadosas, descubrir quién había introducido la llamada herejía; y sin embargo la obra se había logrado, dando fruto en la conversión de muchos que llegaron a ser líderes en la causa del protestantismo. Si se practicaran estos principios, se podría confiar en más jóvenes como misioneros en posiciones de responsabilidad y en instituciones de aprendizaje. Muchos serán aún llamados a presentarse ante jueces y reyes. ¿Cómo están siendo educados los niños?

Las últimas palabras del primer capítulo de Daniel son verdaderamente significativas: «Y Daniel continuó hasta el año primero del rey Ciro». En otras palabras, Daniel vivió todos los días del cautiverio babilónico —más de setenta años—, y tuvo el placer de conocer a Ciro, cuyo nombre el profeta Isaías había mencionado casi doscientos años antes de que emitiera su maravilloso decreto para la liberación del pueblo de Dios.